

# SER CREYENTES

## POR UN CRISTIANISMO PERSONALIZADO

Prof. Juan de Dios Martín Velasco

Aula de Teología  
20 de Abril de 2010

### INTRODUCCIÓN

Nuestro punto de partida hoy es la situación que describía hace una semana: Una situación de crisis profunda que afecta a los aspectos externos del cristianismo, pero que también afecta al núcleo mismo de lo cristiano, es decir, Dios y la fe en Él. Una crisis que, además, está haciendo difícil, y en algunos casos dicen que imposible, la transmisión de la fe a las generaciones más jóvenes, lo que hace que muchos se pregunten con inquietud por el futuro del cristianismo en Europa. Una crisis que afecta a la masa entera de la población de los países de tradición cristiana y que se ha adentrado en la misma Iglesia, porque no depende del mundo de las ideas, sino que tiene su base sobre todo en las formas de vivir propias de la cultura en la que estamos inmersos.

Para evaluar de alguna manera esta crisis y buscar pistas de respuesta a la misma, es para lo que hoy nos vamos a ocupar de “cómo ser creyentes”, tratando de mostrar en qué consiste un cristianismo personalizado.

### 1. MARCO TEÓRICO

En primer lugar propongo, muy rápidamente, un marco teórico que permita comprender en qué consiste la personalización del cristianismo.

Sabemos bien que toda religión es un fenómeno complejo, como hecho social e histórico, que consta de un conjunto de elementos externos a los que podemos llamar “mediaciones”, todas ellas condicionadas cultural e históricamente, algunas de las cuales son muy importantes, por ejemplo:

- Las mediaciones racionales, es decir, las expresiones que busca el creyente para decirse a sí mismo y comunicar a los demás, aquello en lo que cree: las creencias, las doctrinas, las simbólicas de cada religión, las teologías, los dogmas...

- Las mediaciones prácticas que consisten sobre todo en ritos, sacramentos, celebraciones y ese bloque importante de lo cristiano que llamamos lo cultural.

- Otra es la que consiste en la expresión de la vida religiosa a través de formas de vida con las normas que las configuran y que dan lugar a unas morales determinadas, en nuestro caso, a lo que conocemos como “moral cristiana”.

- Por último, la mediación que consiste en las comunidades de diferente tipo: Iglesias, sectas, denominaciones, cultos y otras formas que resultan del hecho de que las religiones sean siempre vividas por grupos de personas y no por personas aisladas.

Todo este lado visible del sistema religioso, y en nuestro caso del sistema cristiano, surge de una experiencia religiosa vivida por los sujetos.

El núcleo fundante de toda religión es el reconocimiento del Misterio<sup>1</sup> en la actitud religiosa fundamental que se da en todas las religiones aun con nombres diferentes: en el cristianismo recibe el nombre de *actitud teologal*; el equivalente en la religión musulmana es *islam*; y la *bhakti*<sup>2</sup> en una corriente importante del hinduismo.

Al describir así el sistema religioso, parecería que cada sujeto, por el hecho de vivir la experiencia religiosa y vivirla de manera intensa, produce el sistema de mediaciones gracias al cual expresa esa manera de vivir la relación con Dios. Ahora bien, las cosas no son como en teoría podría parecer que debieran ser; de hecho, todos los sujetos religiosos nacemos en el seno de una tradición ya estructurada, y comenzamos a ser religiosos –en nuestro caso cristianos- asumiendo el sistema de mediaciones propio de la religión en la que nacemos o a la que nos adherimos.

## 2. LA PERSONALIZACIÓN DEL CRISTIANISMO.

Llamamos así al proceso por el cual un sujeto, nacido en una tradición religiosa determinada, la hace suya, gracias a haber realizado personalmente la experiencia que dio lugar a ese sistema de mediaciones.

Todos conocemos perfectamente, por lo que sabemos de su historia, que el cristianismo surgió de una experiencia religiosa fundamental, poderosísima, que los discípulos hicieron de la resurrección realizada en Jesús de Nazaret y, a partir de ahí, de las mediaciones que la primitiva comunidad cristiana fue estableciendo. Comenzaron a reunirse en las casas a celebrar la Cena del Señor que fue, probablemente, la primera de las mediaciones cristianas; poco después fueron realizando el rito del bautismo, y más tarde introdujeron expresiones para el contenido de su experiencia como “Jesús es el Señor”, “Dios lo ha resucitado”, “Jesús es el Hijo de Dios, y formas de cultivar en la práctica lo que celebraban como cristianos. Reuniéndose en comunidades dieron lugar a las distintas Iglesias que los Apóstoles fundaron y nos dejaron: las comunidades paulinas, las de las cartas pastorales, las inspiradas por Pedro, aquellas de las que surgió el evangelio de Lucas, las del discípulo amado... todas ellas notablemente diferentes entre sí.

Ahora entendemos que, cuando una tradición religiosa como el cristianismo atraviesa 20 siglos de historia, las mediaciones sufren necesariamente el cambio que imponen los cambios más importantes que se producen tanto en lo cultural como en lo histórico. Es evidente, por ejemplo, que la figura de la Iglesia sufre una transformación radical con el paso de la situación de perseguida a religión oficial después de Constantino y Teodosio.

---

<sup>1</sup> Entiendo por Misterio lo que en nuestra tradición cristiana llamamos Dios, pero que en otras tradiciones recibe otros nombres.

<sup>2</sup> Bhakti: “devotio” o entrega amorosa en manos de la divinidad

Cuando los cambios culturales son muy rápidos -tal como ha sucedido estos últimos siglos en Europa- y las mediaciones religiosas siguen intactas, se produce un distanciamiento entre la cultura que las personas viven y las mediaciones creadas en una situación anterior, lo que da lugar, con mucha frecuencia, a dificultades y verdaderas crisis. ¿Quién no se queja hoy día de que, por ejemplo, los ritos cristianos nos resultan a veces difícilmente inteligibles? A los jóvenes se lo oímos mil veces: “La misa no me dice nada...” ¿Quién, cuando escucha que, para decir que el Señor está presente en la celebración de la Eucaristía, lo que se ha producido es la transustanciación, no sufre una especie de choque mental, porque esta palabra hoy ya no nos dice nada ya que las categorías de sustancia y accidente han desaparecido de nuestro modo de pensar..

En la actualidad, uno de los factores determinantes de la crisis del cristianismo está en la inadecuación de las mediaciones a la situación en la que estamos. Por supuesto que no es el único; el otro día comentaba que la transformación de las formas de vida hace difícil el ejercicio de la misma actitud teológica.

Cuando se produce una crisis del estilo y alcance de ésta, se pueden tomar dos caminos:

- Uno, que es el que estamos tentados de seguir muchas veces, es el de adaptar a toda prisa las mediaciones: desde principio del siglo XX los católicos venimos intentando adaptar el lenguaje sin demasiado éxito; ver si la liturgia responde mejor a la simbólica del hombre de nuestro tiempo; ver si la comunidad católica, por ejemplo, en un mundo en el que todas las comunidades viven democráticamente, da con una forma de organización que no sea tan distante de la organización democrática de las sociedades contemporáneas, lo que choca de una manera poderosa a muchos cristianos.

Por supuesto, no estoy pidiendo que la Iglesia se democratice, porque la Iglesia tiene un principio democratizador más importante en lo que es su manera de organizarse, que es la fraternidad: *Vosotros, todos, sois hermanos* (Mt 23). Bastaría con que nos comportáramos como tales para que desapareciese esa distancia entre la forma excesivamente jerarquizada de organizarse la Iglesia y la forma participativa en la que se organizan las sociedades actuales.

- Los mejores maestros de la vida cristiana nos dicen que el camino más importante para responder a la crisis es otro. Y nos lo dicen, no pensando en las circunstancias actuales, sino en lo que ha sido el cristianismo desde el principio. El capítulo 17 del evangelio de Juan lo dice de manera expresa: *En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a Ti, único Dios verdadero y a quien enviaste, Jesucristo*. Es como si dijese que la esencia de lo cristiano es conocer al único Dios verdadero, entrar en contacto personal con Él y con Jesucristo, en quien se nos ha revelado.

Si la esencia está ahí, lo importante no es tanto la calidad de las mediaciones, sino que, cuando se ha producido una crisis tan profunda que afecta a la misma fe en Dios, la respuesta sólo puede estar a la altura de la crisis si nosotros, los cristianos del siglo XXI, llegamos a reconocer al único Dios verdadero revelado en Jesucristo.

El cristianismo comenzó a existir cuando, tras el escándalo de la cruz, el resucitado fue saliendo al paso de los suyos y éstos fueron reconociéndole como el Señor. Este reconocimiento es una experiencia personal, es el surgimiento de la fe cristiana en el Señor, el Hijo de Dios, el Verbo encarnado o las distintas expresiones que van empleando las distintas comunidades de los primeros tiempos del cristianismo.

Como decía antes, los maestros de la vida cristiana nos vienen proponiendo, desde hace mucho tiempo, que lo importante para dar una respuesta a la crisis en la que vivimos, es recuperar el centro mismo de la vida cristiana. Lo hemos dicho muchas veces con la frase del Padre Rahner: *El cristiano de mañana, será místico o no será cristiano*. El Cardenal Newman lo había dicho antes que él, a finales del siglo XIX: *Una fe heredada y pasiva, inercial, "tenida", más que "ejercida" –diríamos no personalizada- llevará a las personas cultas a la indiferencia y a las sencillas, a la superstición*. Vemos que hoy se está cumpliendo literalmente esa profecía.

Hay testimonios abundantes, quizás el mejor acuñado de todos es el que ha propuesto el teólogo Juan Bautista Metz: *A la crisis de Dios que padecemos, sólo se responderá con la pasión de Dios o la pasión por Dios*.

Sin embargo, lo curioso es que venimos buscando la solución por este camino y escuchando este tipo de mensajes, no sólo de los grandes maestros espirituales, sino también de los episcopados de todos los países, del Papa en todas sus intervenciones, pero no parece que demos con el camino que nos lleve a la recuperación de la experiencia personal de Dios.

Yo creo que hay muchas razones por las cuales tenemos tantas dificultades para conseguirlo:

- Una primera puede ser la dificultad que supone la cultura en que vivimos inmersos para llegar a tomar conciencia de Dios y su presencia y responder a ella.

- Otra puede ser la dificultad para adoptar las predisposiciones indispensables para llegar al encuentro con Dios. Dicho con una frase de San Juan de la Cruz: El encuentro con Dios se produce del alma en el más profundo centro. Si nosotros vivimos superficialmente, va a ser muy difícil que nos encontremos con Dios y que demos con lo que es la raíz del sistema cristiano.

- Otras veces puede estar la razón en que la acción pastoral va por otro camino, se orienta preferentemente a otras cosas. En este sentido, los que estamos como animadores de comunidades cristianas tendríamos que hacer un examen de conciencia muy sincero. Al parecer, la preocupación de la pastoral oficial de la Iglesia está en seguir ofreciendo los servicios religiosos, de culto, que el pueblo cristiano demanda.

En la Iglesia no faltan teólogos, ni canonistas; sin embargo, en el cristianismo actual cada vez se hacen más raros los verdaderos maestros espirituales. Pocas son las comunidades en las que se orienta la pastoral, fundamentalmente, al cultivo, al fomento de la experiencia de Dios.

Es cierto que no hay una comunidad cristiana que no tenga su pequeña escuela o grupo de oración, de lectura de la Escritura; todo esto puede ayudar pero, en mi opinión, este tipo de recursos llega sólo a grupos pequeños, mientras para la masa de los cristianos, la práctica cristiana se reduce a la “asistencia” a Misa, para el cumplimiento de un precepto.

- Otra razón importante, y en ésta me voy a detener un poco más, es que existe un número importante de malentendidos sobre la naturaleza de la experiencia de Dios. Hay todavía muchas personas que, con esa expresión, entienden un momento psicológicamente muy intenso de sentimiento de la presencia de Dios. Quizás se deba a que la experiencia de Dios ha sido estudiada en el siglo XX más que en ningún otro siglo; pero empezó a ser estudiada por psicólogos -comenzando por el gran libro de Williams James, *Las variedades de la experiencia religiosa*- y éstos se fijan en el aspecto psíquico de la experiencia. Tanto se ha insistido en este sentido que, incluso los teólogos, cuando comenzaron a estudiar este tema, daban por sentado que la experiencia tenía su centro en esa vivencia psíquica de la fe, que los psicólogos llamaban la experiencia religiosa.

Naturalmente, a partir de esa manera de identificar la experiencia de Dios, era muy frecuente que ésta se entendiese como algo alternativo a la fe, es decir, como si hubiese dos caminos para llegar a Dios: Uno, la fe en Dios y otro, la experiencia reservada a unos pocos privilegiados como Abraham, Moisés, los profetas, los primeros discípulos y los grandes místicos...

Es la consecuencia de leer mal el célebre texto del evangelio de Juan: *Porque has visto has creído* -le dice Jesús a Tomás- *bienaventurados los que creen sin ver*. Así se daba por sentado que un camino era el de los que ven y otro el de los que, no viendo, se tienen que contentar con creer. Cuando, por una parte, *nadie ha visto a Dios* como dice expresamente el prólogo del evangelio de Juan- o, *no puede ver el hombre a Dios y seguir en vida* -libro del Éxodo-, de lo cual se deduce que los discípulos no vieron al Señor con los ojos corporales; y por otra, si por creer entendemos, no esa fe de la que hablábamos el último día: “creer lo que no vimos”, sino lo que por ello entienden los textos del NT, es decir, realizar un encuentro personal con Dios a través de la confianza absoluta en Él, “creer supone realizar una verdadera experiencia”; “la fe decía el P. de Lubac, tiene vocación de experiencia”.

Pero ya sabemos que no es lo mismo “conocer que Dios existe” y “creer en Dios”, que es de lo que se trata; y si no caemos en la cuenta de ello, nos parecerá que, con decir Sí a las verdades reveladas, ya somos creyentes, aunque esa fe no comporte ningún tipo de experiencia. Por todo ello, se necesita una cierta clarificación de lo que significa la experiencia de Dios.

### **3. HACIA UNA DESCRIPCIÓN DE LA ACTITUD TEOLOGAL**

La base de la actitud teologal cristiana, es decir, su presupuesto “ontológico”, su razón de ser, es la previa presencia de Dios en el fondo de la realidad y en el centro mismo de las personas.

Sin esta presencia de Dios en nosotros, ni podríamos imaginar a Dios, ni se nos hubiera ocurrido nunca pensar en Él. Los humanos somos seres mundanos, corporales, finitos por todos los costados de nuestro ser, y Dios es, para todas las tradiciones religiosas, el ser absolutamente trascendente. ¿Cómo íbamos a imaginar siquiera la existencia de ese ser, si no fuera porque Él ha dado siempre el paso previo de comunicarse con nosotros?

Presencia previa de Dios en nosotros que, además, se corresponde con lo que todas las religiones entienden cuando hablan del “conocimiento de Dios”, “amor de Dios”, “deseo de Dios”. Porque en todas estas expresiones el genitivo “de Dios” es un genitivo subjetivo, es decir, “conocimiento que procede de Dios”. El “deseo de Dios” no es un deseo mío de Dios objeto de ese deseo, sino que es el deseo que Dios ha imprimido en el fondo de mí mismo y que me hace tender a él permanentemente.

Pascal lo dijo muy bien: *No me buscaríais si no me hubieseis encontrado*. Cualquier búsqueda de Dios tiene como punto de partida un encuentro previo con Él, que Él ha producido en nosotros con esa presencia suya en el fondo del corazón humano.

En la Historia de las religiones hay expresiones que reflejan esta misma concepción de la relación con Dios. Por ejemplo, “Tu grito: Allah, contiene muchos: “heme aquí” de mi parte”, le hace decir a su Dios un místico musulmán. Y la expresión más hermosa que yo conozco es la de una mujer muy sencilla, perteneciente a un grupo de mujeres mayores sin mucha formación, a la que habían instruido los catequistas para recibir el bautismo. Cuando el sacerdote-misionero llega para bautizarla, le pregunta: *¿Dónde está Dios?* La buena mujer se queda sin responder y él insiste: *¿No te ha hablado nunca el catequista del cielo...?* Finalmente ella le dice: *¿Sabe lo que le digo, Padre? ¡Que yo no sé dónde está Dios, pero Él sí sabe dónde estoy yo!*

Esta previa presencia de Dios no es una gracia especial dada a unos pocos; todos los humanos somos agraciados con ella, porque todos somos criaturas suyas, a su imagen y semejanza. Por tanto, no tenemos que estar esperando que se nos conceda esa presencia de Dios en un momento privilegiado; estamos dotados de ella desde el comienzo mismo de nuestra existencia.

*A nadie deja el Misterio sin noticias de sí*, dice San Pablo en un discurso que le atribuye Lucas en los Hechos de los Apóstoles, *porque en él vivimos, nos movemos y existimos*. Con lo cual sitúa la relación con Dios en sus verdaderos términos. No es que Él esté dentro de nosotros, escondido en lo más profundo de nosotros mismos, sino que “nosotros estamos en Él”. No cabe intimidad mayor.

Los místicos han ofrecido testimonios incontables de esto, por ejemplo, S. Juan de la Cruz dice que *Dios en todas las almas mora, secreto y encubierto en la sustancia de ellas, porque si esto no fuere, no podrían durar*. Santa Teresa, en un lenguaje es más sencillo, habla en *Las Moradas* del alma como paraíso donde Él –Dios- tiene sus deleites, cielo empíreo que debemos tener en el interior de nuestras almas.

Y en ese delicioso libro *Camino de Perfección* de instrucción en la oración a sus hermanas, habla del *cielo pequeño de nuestra alma, donde está Dios*.

Cuando se habla de esta presencia de Dios en nosotros, aunque se citen autores, como yo acabo de hacer, surge en personas no muy familiarizadas con el tema una cuestión y un deseo: “si lograses demostrar eso, todo estaría resuelto; ya no cabría dudar de Dios, puesto que estaríamos seguros de que le llevamos dentro...” No caen en la cuenta quienes piden una demostración, que no podemos demostrar lo que es la raíz misma de nuestro propio ser humano. Si podemos pensar es gracias a la luz de Dios en nosotros, y eso es, naturalmente, indemostrable. No quiere esto decir que tengamos que aceptar los testimonios de la Escritura y de los místicos a ciegas, y sin ninguna razón por nuestra parte, porque la condición humana, por proceder de las manos de Dios, está impregnada de las huellas de sus manos; la condición humana está llena de indicios de esa presencia de Dios. No se trata sólo de que esos indicios sean numerosos, sino que es el alma, toda ella, la que es huella de Dios y, por tanto, todo lo que el hombre vive, cuando lo hace a nivel suficiente de profundidad, está dando muestras de esa presencia de Dios.

Se pueden ofrecer muchas indicaciones en este sentido. Nuestra manera de conocer está diciendo que, siendo finitos, como somos nosotros, estamos abiertos al ser en toda plenitud, abiertos al infinito. ¿De dónde nos puede venir esta apertura al infinito a través de nuestro conocimiento, cuando nuestra razón es finita, sino es de la presencia del Infinito en nosotros?

Quien dice la razón puede decir también el deseo humano, y aquí se percibe mucho mejor todavía. Los humanos deseamos muchas cosas: son *los muchos deseos que todos tenemos de aquellas cosas de las que todos necesitamos para satisfacer nuestras necesidades*, decía San Juan de la Cruz, quien añadía también: *por debajo de muchos de tus deseos está lo que desea tu corazón*, que es tanto como decir: “el deseo que eres tú mismo”, no el deseo que tienes.

O, como decía muy felizmente un autor contemporáneo, José Antonio Marina: *El deseo humano es el deseo de lo mejor*. Es verdad, deseamos una perfección y no hemos hecho más que adquirirla cuando estamos mirando ya otra perfección mayor; tenemos un bien y, en cuanto lo hemos adquirido, buscamos un bien mayor, y no se detiene nuestro deseo en ninguno de los bienes que vienen a acallararlo; por eso se habla con toda razón del deseo de lo mejor. *Ese deseo de lo mejor es el vaciado de infinito en nosotros*, dice también J. A. Marina; un deseo que no tengo yo, sujeto, y que tenga a Dios por objeto, es el deseo de Dios que Dios ha puesto en nosotros, gracias al cual estamos constantemente tendiendo hacia él y orientados hacia él con una especie de tropismo natural, como esas plantas que se orientan al sol.

San Agustín lo decía con otra imagen muy gráfica: *amor meus, pondus meum*. *Pondus* es la fuerza de gravedad; la presencia de Dios en mí es la fuerza de gravedad que me hace tender hacia lo alto y no sólo hacia el mundo, que es el objeto donde se desarrolla mi vida.

De ahí que cuando, no ya los teólogos, sino los filósofos ofrecen una descripción de la condición humana, todos insisten en que lo propio de ella es lo que podríamos llamar una especie de “desproporción interior entre lo que somos y lo que aspiramos a ser”, el ideal de ser que nos habita; lo que somos, y la infinita

capacidad de ser más que nos habita en todo lo que somos. San Agustín lo resumió perfectamente: *Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.*

Una de las mejores definiciones del ser humano la ofrece Pascal en sus Pensamientos, cuando dice que *el hombre supera infinitamente al hombre*, es decir, que somos finitos pero nos superamos infinitamente en nuestra finitud, gracias a la atracción que el infinito ejerce sobre nosotros. Otro excelente creyente y filósofo cristiano del siglo XIX, Kierkegaard, habla del hombre como *síntesis activa de finitud e infinitud, de lo temporal y lo eterno, de libertad y necesidad.*

Es curioso que expresiones de este estilo se encuentren incluso en personas que se declaran no creyentes. Me parece una perfecta expresión la que utiliza un filósofo francés contemporáneo, Emile Cioran, cuyas obras dan una sensación de nihilismo en muchas de sus páginas pero que, de vez en cuando, tiene expresiones como ésta: *Yo no aguantaría –dice él– una temporada en el paraíso, ni siquiera un día. ¿Cómo explicar entonces la nostalgia que tengo del paraíso? No la explico, vive en mí desde siempre, estaba en mí antes que yo.* Es una manera de decir que el hombre es la nostalgia de algo más que él mismo, y que está en él antes que él mismo. Por eso puede ofrecer esta espléndida descripción del ser humano: *Jamás serás más que lo que no eres y la tristeza de ser lo que eres.*

Lo han dicho los poetas, creyentes y no creyentes, de mil maneras. Por ejemplo, Unamuno dice dirigiéndose a Dios:

*Solo perdido en ti es como me encuentro.  
No me poseo, sino aquí, en tu abismo;  
que, envolviéndome todo, eres mi centro.  
Pues eres tú, más yo que soy yo mismo.*

Y José María Pemán:

*Te conozco, Señor, por lo que siento,  
que me sobra en deseo y en afán:  
¡Porque el vacío de mi descontento,  
tiene la hondura de tu inmensidad.*

Quiere decir que, basta con que el hombre entre en el fondo de sí mismo, para que tenga algún contacto con la presencia de Dios en Él.

*El hombre es un ser con un Misterio en su corazón, que es mayor que él mismo,* resume Von Balthasar, excelente teólogo del siglo pasado.

Por eso, cuando tratamos de dar los primeros pasos hacia Dios, éstos no nos llevan hacia fuera y hacia lo alto, hacia el cielo, sino que tienen que encaminarse, fundamentalmente, hacia lo más íntimo de nosotros mismos. *No quieras salir de ti mismo –decía San Agustín– entra dentro de ti, porque en el hombre interior habita la verdad.*

El camino hacia la fe tiene su primer paso en ese intento por llegar al fondo de nosotros mismos. El Padre Teilhard de Chardín tiene una página preciosa en *El*



*Medio Divino*, en la que dice: *Esta mañana me he puesto a meditar, he ido perdiendo pie a medida que entraba más en mí mismo, hasta que, al final, he llegado a descubrir, el manantial del que mana el arroyo que es mi vida.* En definitiva, se trata de llegar al fondo de uno mismo y confesar como el salmo: *Todas mis fuentes están en Ti.*

Quien no hace este esfuerzo por llegar al fondo de sí mismo, difícilmente puede entrar en contacto con Dios. Puede incluso leer el Evangelio y conocer a Jesús, pero, si no ha descubierto este fondo de sí mismo, verá en Él a un maestro, un profeta, un hombre de talla extraordinaria, pero no podrá descubrir el Misterio que se esconde en Jesús; sólo quien llega al fondo de sí mismo tiene ojos suficientemente profundos para descubrir el Misterio allí donde éste se manifiesta.; uno mira la naturaleza con ojos de científico, y se encuentra con problemas y elementos importantes que es impensable conocer; pero si uno mira la naturaleza desde el previo reconocimiento de la presencia de Dios en sí, dirá, como San Francisco: *Hermano sol, hermana luna, hermano fuego, hermana agua... de ti llevan la significación.*

Todo lleva la significación de ese Dios con el que se ha entrado en contacto cuando se ha hecho la experiencia del fondo de sí mismo. Pero sucede -y éste me parece un punto muy importante para entrar un poco más en lo que estamos diciendo- que esta presencia de Dios en nosotros es una presencia enteramente original. En primer lugar, se trata de una presencia originante, es decir, no es una presencia que, una vez que yo existo, viene a mí, a mi propia naturaleza, sino que es la presencia misma la que hace posible este ser extraordinario que somos cada uno de los humanos; es la fuente de la que procede el curso de agua de mi vida.

En segundo lugar, no es una presencia dada, es una presencia “dante”. Por ser algo que me precede, no es una presencia objetiva; cuando entro en el fondo de mí mismo, yo no puedo verla, pensarla, descubrirla por mis propios medios, porque cualquier acto mío la supone; por eso decimos que es una presencia “inobjetiva”, es decir, que no se me da nunca como objeto de ningún acto mío.

Aquí es donde surge en el hombre la necesidad de otro recurso que la propia interioridad en la cual tenemos esa presencia que se nos muestra, se nos da –no tengamos miedo a las palabras- se nos revela, permanentemente; pero que no podemos poner delante de nosotros como un objeto.

#### **4. IDENTIFICACIÓN POR EL SUJETO DE LA PRESENCIA CON LA QUE ESTÁ HABITADO**

El hombre, que es objetivo por naturaleza, que todo lo que conoce lo conoce proyectándolo hacia la realidad exterior, necesita darse de esa presencia alguna palabra, alguna imagen.

El primer recurso es la misma palabra Dios. Cuando los primeros humanos – hemos sido religiosos desde el principio de nuestra historia- comenzaron a utilizarla, “Dios” era la palabra con la que ellos querían expresar, hacer perceptible,

esa realidad que sentían en su interior, de la que tenían una especie de nostalgia íntima, pero que eran incapaces de percibir.

Un indicio de ello: Una posible etimología de la palabra Dios en las lenguas indoeuropeas, remite a la raíz, *div o dev*, que significa “brillar” o “el brillante”, la raíz con la que se designaba el firmamento, el cielo. ¿ No será entonces esa palabra la expresión de la experiencia simbólica vivida por esos hombres en relación con el firmamento que los acompañaba en todos sus desplazamientos, del que no podían salir, porque estaban envueltos por él, pero sin poder alcanzarlo, que los acompañaba siempre sin dejarse alcanzar objetivamente por ninguno de ellos?

De ahí la necesidad, para el que vive el descubrimiento de la presencia de Dios en su interior, de recurrir a imágenes para tomar conciencia de ella. Algo que puede parecer peligroso, y lo es, pero también indispensable. En la Biblia, uno de los primeros mandamientos dice que no hay que hacerse imágenes de Dios, pero el hombre no puede entrar en contacto con Él sin hacerse imágenes suyas. Ahora bien, se las tiene que hacer a la altura del Dios al que esas imágenes se refieren; por eso, al mismo tiempo que se reconocen como necesarias, hay que cuidar cómo se hacen.

Con frecuencia, uno de los peligros mayores para los sujetos religiosos es que, habitados por esa presencia, se la representen desde ellos mismos, con su afán de poder, de felicidad inmediata y a toda costa; o, llenos de temores ; y se imaginen a Dios como un ser poderosísimo que puede hacer lo que le place, dispone de todo a su antojo, castiga a quien no le obedece, es terrible y la causa de sus miedos...De ahí vienen las imágenes enormemente distorsionadas de Dios que tantas veces encontramos en no pocos sujetos.

Pero la verdad es que los sujetos religiosos han comenzado a serlo en el interior de una religión y han comenzado por nombrar a Dios y representárselo con las imágenes y los nombres de que esa tradición disponía. Así lo hemos hecho y lo hacemos también los cristianos.

Dios para nosotros es, en primer lugar *El Dios de los padres*, es decir, el dios representado en el Antiguo Testamento, ¿Quién, leyendo el precioso relato de Éxodo 6, la zarza ardiente que no se consume, no se ha sentido deseoso de ser como Moisés, ver la llamarada, escuchar la voz de Dios, y descalzarse para entrar en contacto con Dios? ¿Y quién, leyendo la historia de Abraham, no ha sentido lo mismo y ha deseado tener la confianza incondicional que el patriarca ha mostrado, y que le ha llevado a mostrarse dispuesto a sacrificar a su hijo?

En el AT, que es nuestra primera fuente para encontrar las imágenes de Dios que nos sirvan para reconocer su presencia, hay una promesa permanente: *Yo seré vuestro Dios; mi espíritu se derramará sobre toda carne; profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas...* Todo el AT está orientado al momento en el que esas promesas se hagan realidad.

## **5. LOS CRISTIANOS IDENTIFICAMOS LA PRESENCIA DE LA TRASCENDENCIA EN LA REVELACIÓN DE DIOS EN JESUCRISTO**

Ese Dios que acompaña toda la historia de su pueblo, se convierte en el *Dios con nosotros*, y en Jesucristo culmina toda la historia veterotestamentaria de la revelación de Dios. Los cristianos tenemos en Jesucristo el recurso por excelencia para el encuentro con Dios, hasta el punto de que, cuando no pasamos por la persona de Jesucristo, no llegamos verdadera y efectivamente al encuentro con el Dios de los cristianos.

Y para llegar a identificar y reconocer el Dios revelado en Jesucristo necesitamos poner en relación la presencia de Dios con la que estamos dotados con el Dios que nos sale al encuentro en Jesucristo. Ahondados nuestros ojos por la presencia de Dios en nuestro interior descubrimos en Jesús, Palabra de Dios, imagen del Dios invisible, ese rostro que llevamos dibujado en nuestro interior pero que somos incapaces de ver directamente. Así se hace realidad lo que Jesús dice en el Evangelio según san Juan: quien me ve a mí ve al Padre y Jesucristo se convierte para nosotros en el sacramento, el lugar, para el encuentro con Dios.

Jesucristo opera una verdadera revolución en la manera de representarse a Dios. A ninguno de nosotros se nos habría ocurrido pensar en el nacimiento de Dios en el mundo en los términos en que lo cuentan los evangelios de la infancia; ni se nos habría ocurrido pensar en la salvación de los hombres por Dios pasando por la cruz. En Jesucristo Dios se revela de una forma totalmente inaudita.

Jesús comienza hablando del Reino de Dios, y sus parábolas del Reino son una muestra preciosa para ayudarnos a captar quién es ese Dios en el que creemos y que habita en nosotros; ese Dios con el que queremos encontrarnos. Una de las más hermosas es la que compara el Reino de Dios con una perla preciosa, con un tesoro escondido; Dios es, según esa parábola, para el que se encuentra con Él, lo más valioso, aquello que vale tanto que, por conquistarlo, el hombre entrega todo lo que tiene con alegría. Otras parábolas completan más esa figura de Dios, al identificarlo con el padre bondadoso que acoge al hijo pródigo y celebra una fiesta a su retorno. El Dios aparece en Jesús como misericordioso que se ocupa de aquellos de los que no se ocupa nadie. Pero Jesús enseña sobre Dios, no sólo con sus palabras, sino sobre todo con su propia vida y con su persona.

Jesús vive en su bautismo una verdadera experiencia radical de Dios, que marca su toma de conciencia de quién es él mismo. Ahí Jesús no se identifica a sí mismo, sino que, en un momento de experiencia religiosa intensa, vivida en la oración, se siente identificado por Dios: *Tú eres mi hijo, el amado*; a partir de ahí, Jesús se dirigirá a Dios como un Padre, incluso en esa forma, *Abba*, que tiene rasgos especiales de confianza y de cariño. En definitiva, Jesús nos revela a Dios en su propio destino y en su propia vida.

Al final, el culmen de la revelación de Dios en Jesús es la cruz misma. Así lo representa sobre todo el evangelio de Juan: *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que, el que cree en Él no se pierda, sino que se salve*. La cruz de Jesús nos revela el amor infinito, insondable, sin fondo, de Dios hacia los humanos. Jesucristo nos revela a Dios fundamentalmente como un Dios que ama a todos y a cada uno de nosotros. Por eso la relación del hombre con Dios se resume en

amarlo de todo corazón, sobre todas las cosas. Incluyendo en la relación que mantenemos con él a los hermanos, a los que debemos amar como a nosotros mismos e incluso como Jesús mismo nos ama a nosotros, de forma que Jesús toma como hecho a él mismo lo que hagamos a los demás: *tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...*

Para describir en qué puede consistir nuestra experiencia de Dios y cómo podemos llegar a ella, es útil seguir el camino que siguieron los discípulos para llegar a ella.

## **6. LA TRANSFIGURACIÓN DE LA IMAGEN DE DIOS EN JESUCRISTO ORIGINA UNA TRANSFORMACIÓN SEMEJANTE EN LA RESPUESTA QUE CONSTITUYE LA FE EN ÉL**

Los discípulos tuvieron un largo contacto con Jesús, le fueron conociendo y, sin duda, fueron entablando con Él una relación de amor: *os he llamado amigos*. Ples pareció un mentís de parte de Dios a Jesús y su mensaje. Tras su muerte en la cruz aparecen no esperando ya nada. Vueltos a su trabajos de antes a la pesca de la que los había sacado la llamada de Jesús. Sólo cuando comprendieron el significado de la cruz: *convenía que el Mesías pasase por la muerte y así entrase en su gloria*, se les abrieron los ojos y pudieron reconocer en Jesús al Resucitado.

En el encuentro de los discípulos con el resucitado tenemos el paradigma, por así decir, de lo que es la realización de la experiencia de la fe por los creyentes. No es cuestión de detenernos mucho, pero sí de ver algunos aspectos que muestran los relatos de la resurrección.

Lo primero de todo es que ahí la fe no tiene nada que ver con la afirmación de verdades relativas a Dios, a Jesucristo o a la vida después de la muerte. La fe es el encuentro personal con el resucitado; es el paso de creer que lo de Jesús se había acabado a decir: *Señor mío y Dios mío*, cuando se les hace presente; es tanto como reconocer esa presencia con la que todo sujeto está habitado, realizada física y humanamente en Jesús crucificado y resucitado.

Naturalmente, el encuentro con el Resucitado no parte de la iniciativa de los discípulos; es Jesús quien les sale al encuentro; como dicen literalmente los textos: *se les da a conocer*. Es Jesús el que se les muestra y, para que se vea el alcance de lo que esto significa, Pablo dice: *Cuando Dios tuvo a bien revelar a su Hijo en mí...* Es Dios el que les revela a Jesús para que en Él descubran el Misterio de Dios y puedan en Jesús encontrarse con Dios.

En este encuentro con Dios hay algo que me parece el culmen de la experiencia cristiana. No es que el sujeto conozca a Dios, sepa cosas sobre Él, sienta o tenga determinados sentimientos en relación con Dios, sino que Dios se hace, en Jesucristo, término de un encuentro personal con Él. San Pablo, en una frase de la carta a los Filipenses, hablando de su encuentro con el Señor lo describe en estos términos: No es que haya conseguido ya la meta; ando buscándola para ver si la conquisto *como yo fui conquistado por Él*.

En el encuentro, Jesús conquistó a Pablo y éste se sintió conquistado por el Señor, que es tanto como decir que la relación fundamental es una relación interpersonal que se realiza en términos fundamentalmente amorosos.

Cuando se produce un encuentro así con el Dios revelado en Jesucristo, ser creyente supone, naturalmente, una transformación radical del sujeto; cambia, no ya la forma de comportarse, sino la forma de ser. Podríamos decir que lo que sucede cuando el creyente se encuentra con el Señor es que comienza a existir de otra manera; antes existía desde sí mismo, él era el centro de todo, todo lo organizaba en torno a su propio bien pero, a partir del momento en que se ha encontrado con el Señor, es conquistado por Él, se encuentra con alguien que se hace para él el centro de su vida. En vez de vivir como el hijo pródigo –*dame lo que me corresponde*, deseo de autonomía completa- se vive con Él, para Él, desde Él, sabiendo que todo lo del Padre es nuestro; se vive desde esa relación que Pablo expresa en los términos de “ser conquistado”.

Para ver hasta qué punto esa transformación es grande, creo que tenemos una analogía fácil al ver qué sucede en una persona cuando el amor aparece en la vida de una persona. *El amor es la sal de la vida*, han dicho algunos con una metáfora muy expresiva; es la luz que ilumina una vida que, hasta que se ama, está oscura; por eso, saberse amado por Dios y responderle, transforma la vida por completo.

Un autor francés que conoce muy bien la historia del cristianismo primitivo y la cultura en la que se desarrolla, se refiere a la revolución que se produce en el mundo antiguo cuando el buen cargador del puerto de Corinto, la prostituta de esa ciudad cosmopolita que, habían oído hablar de los dioses, como seres poderosos en el Olimpo pero que, de ninguna manera eran capaces de ocuparse de los hombres, escuchan a Pablo que Dios ama a cada una de las personas, a cada uno de ellos, y la vida de esas personas sufre una verdadera revolución interior se ve totalmente transformada.

Un poeta de Puerto Rico, Ángel Darío expresa muy bien en un precioso *haiku* el cambio al que nos referimos: *Y cuando todo era nada, apareciste tú y ya, nada era nada*. Uno puede estar en una situación en la que todo es nada –nihilismo perfecto-, pero cuando entra el amor de Dios en su vida, entonces *ya nada es nada*, ya la vida, la persona, los otros, todo adquiere un valor definitivo.

Desde esa transformación radical se produce también la transformación de los hábitos del corazón, es decir, de las disposiciones fundamentales. ¿Cómo no va a confiar en la vida quien se sabe puesto en ella por un Dios que le ama incondicionalmente? ¿Cómo va a preocuparse de lo que le pueda pasar? Vivirá como los lirios del campo, como las aves del cielo... como dice el Sermón de la Montaña.

El ser creyente nos introduce en un orden de ser enteramente distinto; lo expresan muy bien los textos del NT, léidos desde esta perspectiva. Recordemos la escena preciosa de la anunciación, cuando el ángel anuncia a María que va a tener a un hijo y ella le pregunta *¿cómo puede ser esto?* El ángel le responde: Espíritu de Dios

vendrá sobre ti... mira a tu prima Isabel...y le añade: *porque para Dios nada hay imposible.*

Y los sinópticos añadirán que “Todo es posible para el que cree”. A partir de ahí, el futuro del hombre creyente no es ya el futuro imperfecto, el que él mismo puede procurarse, que en todo caso va a chocar siempre con el muro de la muerte.

El futuro del hombre que cree, es Dios, es el futuro absoluto; por eso la fe es, al mismo tiempo, esperanza. Naturalmente que, quien da ese paso, ya no es que tenga fe, es que, como dice Pablo en la carta a los Gálatas, citando a un profeta: *vive de la fe.* Cuando el creyente da el paso de serlo, la fe se convierte en la fuente de la que mana su vida, como hemos dicho antes con otra imagen; la fe se convierte en el origen mismo de una nueva vida para nosotros, y cuando esto sucede, el hombre encuentra en ese ser creyente, el eje en torno al cual se organiza toda su vida. Dios se ha convertido para Él en lo único necesario y puede decir con Santa Teresa: *Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.*

Esto es lo que Bonhoeffer decía en una preciosa imagen: la fe se convierte para el creyente en el “*cantus firmus*” del coral de su vida. Es la melodía sencilla, que a veces canta un coro de niños, pero que mantenida con fidelidad otorga la libertad para desarrollar todos los aspectos de su vida, sin que se pierda la armonía.

La experiencia de Dios produce algo que hemos perdido de vista muchas veces los creyentes: la alegría de la que habla el evangelio: *Bienaventurada tú que has creído.* Porque antes de las ocho bienaventuranzas, está la bienaventuranza fundamental que es la de creer. La primera Carta de Pedro dice así: *Por lo cual rebosáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que sea probada la calidad de vuestra fe y se convierta en vosotros en alabanza, gloria y honor, revelación de Jesucristo, a quien amáis sin haberlo visto, en quien creéis aunque no lo veáis y os alegráis con un gozo inefable y glorioso hasta llegar a la meta de vuestra salvación.*

El creyente tiene una capacidad de alegría que sólo la fe da, y produce un gozo que penetra enteramente la vida de los creyentes. Por otra parte, es una alegría que no depende de que se reciban determinados bienes, y que por eso puede darse incluso cuando todavía se tiene que sufrir. Los apóstoles salieron llenos de alegría porque habían sufrido del Sanedrín afrentas por Jesús.. Y Pablo dice: *me gozo en mis tribulaciones.* Se trata de una alegría completamente nueva de la que se hace eco el tema frecuente en las vidas de los santos bajo la forma de la alegría verdadera, perfecta, de la que habla, por ejemplo el capítulo VIII de las Florecillas de san Francisco

Me he pasado mucho de tiempo y me queda por desarrollar el paso de la fe a la experiencia de la fe, que lo trataremos el próximo martes.

*Muchas gracias*

## DIÁLOGO

**P.** *Lo primero de todo, darle las gracias por la exposición que para mí me ha resultado de alta mística. Observo que nos faltan testigos. Si una persona necesita ayuda busca a un psiquiatra y no a un sacerdote.*

**R.** Vd. se ha adelantado muy oportunamente a lo que tenemos que decir el próximo día, porque, después de ser creyente, nos vamos a preocupar de cómo ser testigos. Yo también he dicho antes que en la Iglesia faltan maestros, Vd. los llama testigos, y cualquiera de las dos palabras vale. Lo que ha dicho de “alta mística” me suena un poco raro, porque parece que es cosa de unos poquitos privilegiados; cuando la realidad es que todo cristiano está llamado a ser místico, porque ser místico no es otra cosa que hacer la experiencia de Dios. Sin hacer esta experiencia no somos verdaderamente cristianos; seremos gente que practica o tiene determinadas creencias pero, ser cristiano es encontrarse personalmente con el Señor y en ese sentido, la mística es para todos.

Hago un breve comentario sobre los tres últimos libros de la Bibliografía:

- En relación con las imágenes de Dios, que es un tema muy importante, el año pasado se publicó un libro póstumo de José M<sup>a</sup> Mardones, *Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto*. Es un libro escrito con claridad y amenidad, que presenta un buen elenco de imágenes de Dios que habría que superar y desterrar.
- Con la misma orientación, es el libro de Torres Queiruga, *Del terror de Isaac al Dios de Jesús*. También va en la línea de superación de imágenes de Dios que, en lugar de facilitar, se interponen entre Dios y los hombres y dificultan el encuentro con Él.
- También sería útil un libro de un autor alemán, Manfred Lütz, editado en Sal Terrae: *Dios, breve historia del eterno*. Tiene la ventaja de que está hermosa y amenamente escrito y con un fundamento sólido.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA:

- H. U. von Baltasar, *La oración contemplativa*, Encuentro, Madrid, 1985.  
H. de Lubac, *Por los caminos de Dios*, Encuentro, Madrid, 1993.  
J. Martín Velasco, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid, 2007  
Id., *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid, 2009.  
K. Rahner, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, Santander, 1990.  
J. Schlosser, *El Dios de Jesús*, Sígueme, Salamanca, 1995.  
José María Mardones, *Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto*, P.P.C. 2006.  
Andrés Torres Queiruga, *Del terror de Isaac al Abbá de Jesús*. Verbo Divino, 2000.  
Manfred Lutz, *Dios una breve historia del eterno*, Sal Terrae 2009.